

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
(PAGO ADELANTADO)

En esta Capital, resto de la Provincia y Península española un mes. . . . . 1,50 Ptas.  
En Ultramar y Extranjero, un semestre. . . . . 12  
Número suelto, 10 céntimos.  
Número atrasado, 15.

Anuncios, comunicados y remitidos a precios convencionales.

# LA OPINIÓN

DIARIO DE LA MAÑANA

Santa Cruz de Tenerife, Viernes 1.º de Marzo de 1901.

PUNTOS DE VENTA  
En la Administración y en la imprenta del mismo.

Dirijase toda la correspondencia al Administrador de **La Opinión**, San Francisco, 32, imprenta.

Teléfono número 11

## Sagasta ó Silvela

No podemos decir, que se ha presentado en España una crisis laboriosa, por más que la solución resulta erizada de dificultades.

Crisis laboriosa suele llamarse aquella en que todos rehuyen formar ministerio y en España, pasa hoy lo contrario y las dificultades tienen origen precisamente en que todos, con el ejemplo de Azcárraga y Silvela, se creen en condiciones y aptitudes sobrepajantes, para presidir un Gobierno y cada uno quiere presidirlo con exclusión de los demás.

Tetuán, Romero, Sagasta, Villaverde, Gamazo, López Domínguez, Sánchez Toca, Silvela, Canalejas, Polavieja, Pidal, etc., etc., aspiran á ser honrados con la confianza de la Corona. El único que parece renuncia de buena fe y de todo corazón á esa honra es el general Azcárraga, que aspiraría también á continuar en ella si se viera libre de la tutela del jefe del partido en que milita.

Todas las probabilidades, por las razones que hemos apuntado en números anteriores, parecían en favor del señor Silvela; pero algo hacen amornar aquellas, los importantes desprendimientos de Sánchez Toca y García Alix, que por las noticias telegráficas y por lo que se lee en la prensa de Madrid, resultan partidarios de la concentración de fuerzas monárqui-

cas, apartadas ó separadas de los partidos históricos.

No quiere esto significar, que confiamos en esa concentración; pues ya hemos dicho, que los españoles refirmos las más descomunales batallas por—permitase la frase, aunque no parezca culta—las asentaderas.

Nada importa que se reconozca el valer; lo que se persigue con afán, es el asiento preferente, como si ese asiento aumentara ó disminuyera las cualidades y condiciones personales.

Por motivo de asiento no habrá concentración, y no habiendo concentración solo puede esperarse á Sagasta ó á Silvela.

VENEZUELA

## REMINISCENCIAS

(Continuación)

VI

Un día quise conocer el notable río de Venezuela: el Orinoco, y me puse en viaje con un amigo que vivió conmigo los dieciséis meses que, recorriendo el territorio, residí entre los indios.

Para llegar allá había que atravesar lo que se llama *El Llano*, inmensa extensión de tierra ó *sabana*, sin la menor elevación, que se pierde de vista, con su horizonte como el mar. En ese llano pastan muchos millares de reses vacunas, y caballos de buena raza.

Hay que ver las grandes manadas de esas reses que de cuando en cuando son transportadas á Caracas, así como los enormes quesos procedentes del Llano, que tienen el volúmen y la figura de una frascueta de ginebra.

¡Qué país tan rico, y á cuanto pudiera llegar aun esa riqueza! Habiendo queso y *arepas*, nadie lo pasa mal, amén del exquisito café, del característico *cacao*, de calidad superior, porque se confecciona una bebida agradable que se toma como el the de los ingleses, durante la comida.

Por fin llegamos al Orinoco, al majestuoso río, en cuyas márgenes, á uno y otro lado se levantan el pequeño pueblo de Soledad, y la hermosa ciudad de Angostura, hoy ciudad Bolívar. Parecióme que por aquella parte tenía unos 5000 metros de anchura el río, que, según algunos, baja desde la sierra de Parima, formando una curva.

La creciente del Orinoco es como la del Paraná, anual y periódica. Principia en Abril, llegando á su mayor aumento en el mes de Agosto. Luego, va disminuyendo desde Octubre á Febrero. Como está sometido á la influencia de las lluvias tropicales, corre en dirección al cenador, derramándose las aguas con cierta igualdad á lo largo de las riberas.

Mucho más arriba del punto que visitamos se observa un fenómeno único en el mundo, que yo sepa; es un río que pone en comunicación á otros dos, y se llama por los indios «Caño Casiquiare», pues une la cuenca del Orinoco á la del Amazonas, por el río Negro.

Pueblan las riberas del Orinoco bosques enmarañados y plantas aromáticas, encontrándose allí aves de armonioso canto y de singular belleza; bandadas de monos y otros animales que traen á la memoria los primeros tiempos de la Naturaleza.

Se me olvidaba decir que, según informes de los indios, en la estación lluviosa las aguas de ese río suben sobre el nivel ordinario cosa de doce metros.

En dicho río existen corpulentos *caimanes*, donde se les ve tendidos al sol en la ribera, con las mandíbulas abiertas para cazar moscas. En mis cacerías

solía disparar una bala á estos anfibios mientras permanecían tranquilos calentándose á los rayos del sol, sobre los *carameros* del río. El mejor tiro es al vientre; resbalaría el proyectil dirigido á otra parte del cuerpo.

También hay en ese río angilas eléctricas, en las mayores profundidades.

VII

—He aquí un río de mucha historia, exclamó mi compañero haciendo un gesto de terror, al ver caer una rama desprendida.

—En efecto, le contesté: no es poca la celebridad de que goza el Orinoco.

—Recuerdo aquel reñido combate de las *curiaras*...

—Ah! si, le dije, cuando un valeroso general, el ídolo de los *llaneros*, á nado y á caballo, con su gente, y la daga entre los dientes se quedó con las canoas.

—Es verdad. Aquel fué un acto de audacia y de heroísmo, porque hay que advertir que ese río está plagado de *caimanes*.

—Cierto. Un día cayó al agua un pobre hombre no volviendo á la superficie, sino un horrible borbotón de sangre... Además ¿no ha visto V. los *guacaritos*?

—No. Pues más tarde quizás los veamos. Es un pez que abunda en este río y embiste á los hombres y animales desde que descubre en ellos una gota de sangre.

—Caramba!

—¿Y que se cuenta de ese río?, le preguntó, dando otro giro á la conversación.

—Pues el Orinoco, amigo mío, se ha hecho célebre en la historia, por lo menos desde mediados del siglo XVI, en que tanto se venía hablando de aquel singular país del *Dorado*, pues había la creencia de que fuese inmensamente rico; es decir, el lugar en que residía el soberano de los *Chibchas* el cual se untaba diariamente el cuerpo de una

—¿Qué ibais á hacer allí?

—Ya os he contestado.

—Y os he probado el vacío de vuestras palabras—repuso el Juez instructor.—Estoy seguro que obráis bajo la influencia de otra persona. ¿Cuál es esa influencia? ¿Por qué poseis una llave de ese panteón? ¿Qué motivo os hacía llevar á él una corona de siemprevivas?

Eso no le importa á nadie más que á mí.

Esta frase fué pronunciada con un tono tan seco, que hizo que el Juez de instrucción prestase más atento oído.

—No me había equivocado—pensó.—Estaban bien fundadas mis primeras suposiciones. Hay en esto un secreto de familia.

Y añadió en alta voz, dirigiéndose al joven:

—Eso le importa también á la justicia, que no tardará mucho en averiguar lo que quereis ocultarla; tened la seguridad de ello.

—Tal vez, murmuró el ruso.

—La verdad se impone desde este momento—prosiguió el Juez de instrucción;—habeis matado á aquella mujer, como habeis matado al hombre á quien habeis ido á esperar á la estación del ferrocarril.

—¡Oh!—exclamó el conde con punzante ironía.—¿He matado también á ese?

—¿Negais haber ido á la estación del Norte?

—No lo niego, porque es cierto. Fuí á esperar á un amigo que llegaba de Londres.

—¿Y qué hicisteis de vuestro amigo?

—Debía salir de París al día siguiente muy temprano para ir á Suiza. Le acompañé hasta un hotel vecino á la estación del ferrocarril de Lyon.

—¿Cual era el nombre del hotel?

—Lo ignoro.

Este último repitió:

—¿Lo negais?

—No, señor; no tengo ningún motivo para negar mis acciones. Estuve en el cementerio.

—¿Y qué os llevaba allí?

—El cementerio en cuestión está considerado como uno de los sitios más curiosos de París. Soy extranjero, y por consiguiente, tengo deseos de conocerlo todo, y fui á verlo por curiosidad.

—Me seguís engañando.

—No, señor.

—Me engañais y voy á deciros yo lo que ibais á hacer...

Después de haber comprado una corona de siemprevivas en la calle de la Roquette, en casa de un comerciante en objetos fúnebres, fuisteis á un panteón y penetrasteis en él... ¿Es cierto?

—Sí.

—Habiais dado una cita á aquella mujer en aquel panteón.

—Eso lo niego—dijo vivamente el conde.

—La desgraciada acudió á vuestra cita y la asesinasteis.

El conde escuchaba con indecible horror lo que decía el magistrado.

Cuando este último le acusó de haber asesinado á una mujer en un panteón, se puso á temblar... Levantó los brazos al cielo, como para que le tomara por testigo de su inocencia, y escapóse una sorda exclamación de su garganta.

—¡Dios Todopoderoso!—balbuceó.—¿Hé oído bien? ¿Hé comprendido bien?... ¿Me acusais de haber cometido un asesinato en el panteón Kourawieff?

resina olorosa, cubriéndolo luego de polvos de oro...

—Para cuento está bueno, le interrumpí.

—Ya se vé! Cuéntase además que para poder dormir tranquilamente el rey tenía que sumergirse todas las noches en el lago *Guatavita*.

—Demasiado rico sería esa país en que S. M. se empolvaba de esa suerte, de pies á cabeza, como las mujeres embadurnándose el rostro con polvos de arroz.

—En efecto, prosiguió sonriendo; tales noticias exaltaron vivamente la imaginación de los españoles, tanto más cuanto corría el rumor de que algunos aventureros se habían atrevido á penetrar por los solitarios desiertos del Brasil, hasta una región en que habían visto ciudades amuralladas que contenían elevadas torres. Entonces situaban *El Dorado* inmediato el río de las Amazonas.

—¡Qué país maravilloso, compadrel! —Ya se vé! Pues, en 1560 fué á buscarlo aquel Pedro de Ursúa, por elección del virrey del Perú, que era el marqués de Cañete.

Bueno: Ursúa y sus partidarios fueron asesinados cerca del río Putumayo, en una insurrección capitaneada por López de Aguirre...

—Ah! interrumpí yo; el feroz Aguirre! ¿Será ese que tanto se cita en el país, por sus monstruosidades?

—Tal vez sea el mismo. Ahora verá V.: Aguirre prosiguió con los suyos descendiendo por las aguas del Amazonas. Atienda V. que esto es curioso. Dábanse así mismo aquellas gentes el nombre de *Marañones*. Y aquí entra ahora lo más particular del caso, porque se supone que esa gente tan atrevida, subiendo por el río Negro, hasta aquel notable brazo *Casiquiare*, entraron en ese río que tenemos á la vista.

Ahora, echemos un tabaco, y dejémoslos descender.

ANTONIO M.ª MANRIQUE.

(Continuará).

## Teatro

Con atenta carta nos acompaña nuestro amigo D. José Zamorano y Villar la lista del personal y el repertorio de la compañía dramática de la señora Cirera, que copiamos á continuación:

**Actrices.**—D.ª Julia Cirera, D.ª Amalia Gómez, D.ª Dolores Larxé, D.ª Adela Molina, D.ª Elena Rodríguez, D.ª Te-

resa Sanz, D.ª Amparo Sala, D.ª Emilia Torrecilla, D.ª Elvira Zapata.

**Actores.**—D. Emilio Armengod, don Sebastián Avilés, D. Fernando Estrella, D. Antonio Estrada, D. José García Leonardo, D. Francisco Gómez Vera, D. Manuel Ortiz, D. José Portés y D. José Portés (hijo).

**Apuntadores.**—D. José Rodríguez y D. Arturo Leira.

**Representante de la Empresa.**—Don Casto Sandoval.

**REPERTORIO.**—«Mancha que limpia», «El tanto por ciento», «Mariana», «Mariana Rosa», «La Pasionaria», «Inocencia», «Redención ó la Dama de las Camelias», «De mala raza», «Los amantes de Teruel», «El baile de la Condesa», «La de San Quintín», «La loca de la casa», «Doña Perfecta», «La Dolores», «El perro del Hortelano», «El pañuelo blanco», «Un drama nuevo», «D. Juan Tenorio», «La escuela de las coquetas», «Angela», «La Campana de la Almudaina», «Militares y Paisanos», «Isabel la Católica», «La Mendiga», «Ó locura ó santidad», «El sombrero de copa», «El libre cambio», «Los gansos del Capitolio», «Los Hugonotes», «La vida íntima», «La tía de Carlos», y otras.

**Obras en un acto.**—«Los asistentes», «Pepa la frescachona», *El retrato de mi mujer* (nueva), «Los corridos», «La victoria del General», *El Rey de Lydia* (nueva), «Los Monigotes», «La Reja», *La Azotea* (nueva), *La güelta de Quirico* (nueva), *Hacerse el muerto* (nueva), «Juez y parte», «Nicolás», «Ciertos son los toros...» y otras.

**OBRAS NUEVAS.**—ELECTRA, de Don Benito Pérez Galdós; *El loco Dios*, de D. José Echegaray; *Los Galeotes* y *El Patio*, de los Sres. Alvarez Quintero; *Lo Cursi*, de D. Jacinto Benavente; *Serpentina*, de D. Carlos Coello; *El Angelus*, de D. Eusebio Blasco.

Los precios y abono se anunciarán oportunamente.

## Servicio telegráfico

(DE NUESTRA AGENCIA)

Madrid 1.º—1

### BOLSA

Deuda perpetua 4 por 100 interior, á 71'80.

Id. id. exterior, á 78'76.

Id. amortizable á 00'00.

Billetes hipotecarios de Cuba, (1886), á 85'50.

Billetes hipotecarios de Cuba, (1890), á 71'45.

Oblig. del Tesoro 5 por 100 con garantía renta Aduanas, á 000'00.

Acciones del Banco de España, á 489'00.

Acciones del último empréstito Nacional, á 91'60.

### CAMBIOS

Londres, vista, á 34'42 por £.

París, vista, á 36'55 por 100 P.

Madrid 1.º—1'15

Ayer continuaron las consultas de la Reina con los jefes de partido.

Primeramente recibió al Sr. Sagasta con el que celebró una extensa conferencia.

Al salir de Palacio interrogado el jefe de los liberales por los periodistas no se reservó de manifestar que había aconsejado á la Reina que no había otra solución posible en la actualidad que una solución liberal.

Tras Sagasta fué recibido por S. M. el Marqués de la Vega de Armijo, con el que conferenció breve rato y que se expresó en términos más acen- tuados que su Jefe al dar cuenta de su entrevista.

Madrid 1.º—1'25

Después fué á Palacio el Duque de Tetuán jefe del partido liberal conservador, permaneciendo en la Real Cámara más largo rato que los precedentes.

Se mostró reservado al salir de Palacio.

A última hora fué recibido por la Reina D. Germán Gamazo, jefe de los liberales disidentes.

Esquivó las preguntas de los periodistas saliendo por otra puerta de Palacio.

Créese generalmente que habrá opinado por la vuelta del Sr. Silvela al poder; pues había emitido esa opinión.

Con esa conferencia suspendieron se las Audiencias por ayer.

Madrid 1.º—1'30

Anoche y ayer tarde hubo gran animación en los círculos políticos, coincidiendo todas las opiniones en la gravedad que reviste la crisis.

Coméntase señaladamente que el Sr. Montero Rios, llamado por la Regente con reiteración, no haya salido de Lourizan (Pontevedra) donde se encontraba.

Corren rumores de que hay disidencia entre los liberales, respecto á opuestas apreciaciones que hacen tocante á la solución que debe tener la crisis.

Fantasease mucho entre los políticos que forjan á su sabor las más raras combinaciones ministeriales, por lo que me abstengo de telegrafiarlas.

Madrid 1.º—2

Hoy serán llamados por S. M. el Sr. Romero Robledo, el general López Domínguez y tal vez algún otro personaje.

Los liberales han telegrafiado nuevamente al Sr. Montero Rios para que venga.

Acaba de asegurarme persona fidedigna y bien informada, que el Duque de Tetuán hablando con sus partidarios insistió en su incompatibilidad con el Sr. Silvela, al que no apoyará en la formación de Ministerio.

Asegúrase que Silvela ha hecho los mas amplios ofrecimientos al Duque á trueque de conservar la presidencia del Consejo y que ha habido, hasta

Pasó un rayo de alegría por los ojos del Juez de instrucción.

Según él acababa de venderse el mismo acusado.

—¡Oh!—dijo con acento de triunfo—¿sabiais que esa tumba era de la familia Kourawieff? Esto equivale á una confesión completa; me parecis demasiado listo para no comprenderlo vos mismo. Acabemos de una vez, puesto que no os ha de servir ya negar. ¿Confesais haber citado á una mujer en la tumba de los Kourawieff? ¿Confesais haberla asesinado?

XLIX

—¡Confesar!—repitió el conde Ivan con rostro descompuerto y extraviada mirada.—¡Confesar que he cometido un crimen! Lo niego con toda la fuerza de mi alma y mi sér se rebela contra tal acusación.

Si; he estado en el cementerio del Pere-Lachaise.

Si; he penetrado en el panteón de la familia Kourawieff.

—¿Teniais la llave?—interrumpió el Juez.

—Sí, y debeis haberla encontrado en mi cartera, que veo sobre vuestra mesa; pero no encontré allí á nadie; lo afirmo, lo juro, y me pregunto cómo han podido introducirse en dicho panteón, ni con qué objeto lo han hecho. Ignoro todo esto, y sin embargo, me haceis arrestar, deshonrándome en público, y pretendéis hacerme responsable de un crimen incomprensible para mí. En vano trato de explicarme lo que me sucede; no lo comprendo. ¡Soy juguete de una pesadilla ó víctima de una horrible equivocación! Si esa pesadilla ó ese error se prolongase mucho, me volvería loco... Creo que ya siento que se trastorna mi razón.

Pablo de Gibray escuchóle, y miraba al joven ruso con

la misma admiración que hubiera podido mirar ó escuchar á un hábil comediante, y luego le preguntó:

—¿Qué ibais á hacer en el panteón de la familia Kourawieff?

—Iba á dejar en él una corona de siemprevivas que había comprado, al ir al cementerio, en una tienda de la calle de la Roquette.

—Pero es que no hay nadie enterrado en el panteón de los Kourawieff...

—Lo ignoraba—repuso Ivan con cierta vacilación.

—¿Sois pariente cercano ó lejano de la familia Kourawieff?

—No—repuso vivamente el joven ruso.

—Entonces vuestra explicación cae por su propio peso... ¿Cómo quereis que pueda creeros? Decis que ibais á llevar una corona al panteón y no sabiais que estaba vacío... No sois pariente de la familia Kourawieff y teneis en vuestro poder una llave de la tumba y además entráis en ella á dejar un recuerdo de duelo... Vamos á ver, seamos lógicos... Si sois inocente, voy á daros la ocasión de probar vuestra inocencia... Decidme, ¿quien os ha dado esa llave?... ¿Quién os ha encargado lleváseis la corona?

—No puedo decir más que esto. Se ha encontrado una mujer asesinada... Yo no soy el asesino de esa mujer ni la conozco... He tenido conocimiento del crimen al día siguiente de haberlo cometido, y como todo el mundo, por los periódicos.

Pablo de Gibray hizo un gesto de impaciencia.

—¡Hablad acorde con vos mismo!—exclamó;—¿confesais haber estado en el panteón y negais haber visto el cadáver de una mujer en él?

—Sí, lo niego. Llegué al cementerio á las tres y me fui á las tres y media.



